El ksar de Bukhrari es una de las mayores poblaciones árabes de Argelia. Está en la frontera del sur un poco más allá del Tell, en la zona de transición entre los países europeizados y el gran desierto. Su situación le da gran importancia política, y viene á ser algo así como el lazo de unión entre los árabes del litoral y los del Sahara. Viene á ser como el pulso de las insurrecciones. De allí parten los avisos y hasta allí llegan. Las tribus más lejanas envían emisarios para saber lo que ocurre en Bukhrari. Desde todos los puntos de Argelia se fijan en los acontecimientos de ese pueblo.

Sólo la administración francesa no se ocupa de lo que se trama en Bukhrari. Ha hecho de él un ayuntamiento á semejanza de los que existen en Francia, administrado por un alcalde, que es un viejo labriego de mirada soñolienta que tiene como adjunto un guarda foral. Entra y sale quien quiere; los árabes que llegan de cualquier lugar circulan, hablan, intrigan, sin que nadie les moleste.

Al pie del ksar, á dos ó trescientos metros, hay el ayuntamiento mixto gobernado por el administrador civil que dispone de plenos poderes sobre un territorio desierto que no vale la pena de vigilar. No puede mermar las atribuciones de su vecino el alcalde.

Enfrente, en la montaña, se alza Boghar, donde habita el comandante superior del puesto militar. Tiene poderes para hacer y deshacer, pero no puede inmiscuirse en los asuntos del ksar porque es un AYUNTAMIENTO AUTÓNOMO. Y como el ksar está habitado únicamente por árabes, resulta que se respeta el punto peligroso y se vigila aquello que es inofensivo. Se ataca el mal en sus manifestaciones, no en su origen.

¿Qué sucede? El comandante y el administrador, cuando están en buenas relaciones, organizan una especie de policía secreta á espaldas del alcalde y procuran enterarse de lo que ocurre.

¿No es raro ver que en este centro árabe que todo el mundo cree peligroso se goza de mayor libertad que en una ciudad de Francia, en tanto que un francés, si no cuenta con protecciones no puede penetrar ni circular por los terrenos militares de los puestos avanzados del sur?

En las afueras de Bukhrari hay una hostería. Allí pasé la noche, una noche calurosa. La atmósfera parecía quemada por la llama del último día. Estaba inmóvil, como cuajado por el calor. Me levanté con el alba. Salió el sol encarnizado en su tarea incendiaria. Delante de mi ventana abierta y desde la

que se veía un horizonte ya tórrido y silencioso, esperaba una diligencia desenganchada. Un rótulo negro sobre fondo amarillo decía: «Correo del Sur.» ¡Correo del sur! ¿De modo que se iba aún más hacia el sur en aquel terrible mes de Agosto? ¡El sur! ¡qué palabra más rápida y ardiente! ¡El sur! ¡el fuego! En el norte, hablando de los países templados decimos: «el Mediodía». Aquí se dice: «el sur.»

Miraba esta sílaba tan corta y me sorprendía como si jamás la hubiera leído. Parecíame descubrir su sentido misterioso, pues las palabras más conocidas como los rostros más á menudo mirados tienen á veces significados secretos que un día se advierten de pronto sin saber por qué. ¡El sur! el desierto, los nómadas, las tierras inexploradas, los negros, todo un mundo nuevo, algo así como un universo que empieza. ¡El sur! Cuán enérgico es esto en la frontera del Sahara.

Por la tarde fuí á visitar el ksar.

Bukhrari es la primera aldea en que se encuentran Ulad-Ovail. Queda uno estupefacto al ver á aquellas cortesanas del desierto. Las calles concurridas están llenas de árabes tendidos delante de las puertas en cuclillas, hablando en voz baja ó durmiendo. Por todas partes sus ropajes flotantes y

blancos parecen aumentar la blancura de las casas. Nada de manchas; todo es blanco; y de pronto, de pie en el umbral de una puerta, aparece una mujer con un peinado y unos adornos que parecen de origen asirio, ceñida la cabeza por una enorme diadema de oro.

Lleva largo vestido de un rojo vivísimo. Los brazos y los jarretes ostentan brazaletes de oro bruñido, y su rostro de rectas líneas está tatuado de estrellitas azules. Luego aparecen más, muchas más, con el mismo peinado monumental: una montaña cuadrada que deja caer á cada lado una gruesa trenza que llega hasta el lóbulo de la oreja, y luego se pierde de nuevo hacia la nuca en la masa opaca de los cabellos. Llevan siempre diademas, algunas de ellas muy ricas. El pecho desaparece bajo los collares, medallas y pesados dijes; dos gruesas cadenitas de plata dejan caer hasta el bajo vientre un gran candado del mismo metal preciosamente calado, y cuya llave pende del extremo de otra cadenita.

Algunas de estas muchachas llevan brazaletes muy delgados. Son las principiantes. Las otras, las veteranas, llevan á veces diez ó quince mil francos de joyas. He visto una cuyo collar estaba formado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

por ocho hilos de monedas de veinte francos. Así guardan su fortuna, sus economías laboriosamente ganadas. Las argollas de los jarretes son de plata maciza y de un gran peso. En efecto, apenas tienen dos ó trescientos francos en plata, los hacen fundir por los plateros mozabitas que se los devuelven en forma de esos anillos cincelados, ó de esos candados simbólicos, ó de esas cadenas, ó de esos anchos brazaletes. Las diademas que coronan su cabeza están obtenidas de igual modo. Su peinado monumental, que es una complicación indecible de trenzas enredadas unas con otras exige, todo un día de trabajo y una indecible cantidad de aceite. Por eso no se hacen peinar más que una vez al mes y tienen gran cuidado en sus amorosos juegos en no comprometer aquel alto y ornamental edificio de pelo que echa un olor apestoso.

Por la noche hay que verlas cuando bailan en el café moro.

La aldea está silenciosa. Formas blancas yacen tendidas á lo largo de las casas. El cielo ardiente está tachonado de estrellas, de esas estrellas africanas que brillan con claridad vivísima, con una claridad de diamantes de fuego, palpitante, viviente, aguda.

De pronto, al volver una calle, oís un ruido, una música salvaje y precipitada, un estruendo de tambores dominado por el clamor agrio, continuo, ensordecedor y feroz de una flauta que toca de un modo infatigable un mocetón de piel de ébano que es dueño del establecimiento.

Delante de la puerta hay un montón de alborno-ces, de árabes que miran sin entrar y que forman una luz moviente bajo la claridad que llega del interior.

Dentro, hay filas de seres inmóviles y blancos sentados en bancos á lo largo de las blancas paredes bajo el techo que casi toca las cabezas. Y en el suelo, en cuclillas, con sus oropeles centelleantes, sus joyas deslumbradoras, sus caras tatuadas, sus altos peinados y sus diademas que recuerdan los bajos relieves egipcios, esperan las Ulad-Nail.

Entramos. Nadie se mueve. Entonces, para sentarnos, y según costumbre, se coge á los árabes, se les empuja, se les echa de sus bancos, y ellos impasibles se van. Sus compañeros se estrechan para hacer sitio.

En el fondo, en un estrado, los cuatro tamborileros con actitud estática golpean frenéticamente el parche de sus instrumentos, y el dueño, el negrazo,

se pasea con paso majestuoso soplando con furia en la flauta rabioso, sin tregua, sin desfallecer un segundo.

Entonces, dos Ulad-Nail, se levantan, se colocan en las extremidades del espacio libre y empiezan á bailar. Su baile es una marcha suave ritmada por taconazos que hacen resonar las anillas de las piernas. A cada golpe el cuerpo entero se dobla como con una especie de cojera metódica; y las manos altas y extendidas á la altura de la frente, se vuelven con suavidad á cada salto con un estremecimiento rápido de los dedos. El rostro vuelto de medio lado, rígido, impasible, permanece asombrosamente inmóvil. Es un rostro de esfinge y la mirada oblicua sigue las ondulaciones de la mano como fascinada por aquel movimiento suave que corta sin cesar la brusca convulsión de los dedos.

Adelantan así una hacia otra. Cuando se encuentran, sus manos se tocan; parecen estremecerse; echan atrás los cuerpos y dejan arrastrar un amplio velo de blondas que les cae del peinado al suelo. Se rozan echadas hacia atrás como extasiadas ejecutando un lindo movimiento de palomas enamoradas. El velo se mueve como un ala. Luego, irguiéndose de pronto, otra vez impasibles, se separan, y

ambas continúan hasta la línea de los espectadores su paso que resbala lento y desigual.

No todas son lindas, pero todas son singularmente raras. No hay nada que pueda dar idea de los árabes acurrucados junto á ellas ni del paso sosegado de esas cortesanas cubiertas de oro y de ropas de colores chillones.

Algunas veces cambian los ademanes de su baile.

Aquellas prostitutas eran antes todas de una misma tribu, de la de los Ulad-Nail. Así recogían su dote y volvían luego á su tribu para casarse después de hacer fortuna. No se las despreciaba en lo más mínimo, pues aquello era costumbre admitida. Hoy aun cuando las jóvenes de los Ulad-Nail vayan á hacer fortuna por tal medio, todas las demás tribus proporcionan cortesanas á las poblaciones árabes.

El propietario del café donde se exhiben y se ofrecen es siempre un negro. Apenas ve entrar un extranjero, el apañado industrial se aplica en la frente una moneda de cinco francos que se le mantiene pegada á la piel no se sabe cómo. Y anda por su establecimiento tocando de un modo feroz su flauta salvaje, enseñando con obstinación la moneda que

ostenta para invitar al visitante á ofrecerle otra igual.

Las Ulad-Nail, nobles dan muestra de toda la generosidad y delicadeza que implica su origen en sus relaciones con los que las visitan. Basta admirar un segundo la tupida alfombra que sirve de cama, para que el criado de la noble prostituta lleve á su amante de un momento el objeto que ha llamado su atención.

Tienen, como las rameras de Francia, protectores que viven á costa de ellas. A veces, por la mañana, se encuentra á una de esas infelices en el fondo de un barranco con la garganta abierta de una cuchillada, despojada de todas sus joyas. El hombre á quien amaba ha desaparecido para siempre.

El cuarto donde reciben es una estrecha salita con paredes de tapia. En los oasis el techo está formado simplemente por cañas superpuestas unas á otras, entre las que viven ejércitos de escorpiones. La cama se compone de alfombras superpuestas.

Los ricos, árabes ó franceses, que quieren pasar una noche de lujosa orgía, alquilan hasta la aurora el baño moro con todos sus criados. Beben y comen allí, modificando el uso de los divanes de descanso.

Este asunto de costumbres me lleva á hablar de otro bien difícil. Nuestras ideas, nuestras costumbres, nuestros instintos difieren tan radicalmente de los que alientan en estos países, que apenas se atreve uno á hablar de un vicio que es aquí tan frecuente, que los europeos ni siquiera se escandalizan. Se ríe uno de ello en vez de indignarse. Es una materia muy delicada, pero de la que se ha de hablar si se quiere hacer comprender la vida árabe y el carácter especial de ese pueblo.

A cada paso topa uno aquí con esos amores antinaturales entre seres del mismo sexo, que recomendaba Sócrates, el *amigo* de Alcibiades.

A menudo, en la historia se hallan ejemplos de esa rara y sucia pasión á la que se entregaba César, que los romanos y los griegos practicaron constantemente, que Enrique III puso en moda en Francia, y que se atribuyó á muchos grandes hombres. Pero estos ejemplos sólo son excepciones, tanto más notadas cuanto que son más raras. En Africa este amor anormal ha entrado tan profundamente en las costumbres, que los árabes parecen considerarle tan natural como el otro.

¿De qué proviene tal desviación del instinto? De muchas causas sin duda. La más aparente es la es-

casez de mujeres, secuestradas por los ricos, que poseen cuatro esposas legítimas y tantas concubinas como pueden mantener. Quizá también contribuya á ello el ardor del clima, que exaspera los deseos sexuales y que ha embotado en esos hombres la delicadeza y la pulcritud moral que á nosotros nos preservan de contactos repugnantes.

Quizá también dimana de una especie de tradición de las costumbres de Sodoma, y es algo así como una herencia viciosa recibida por ese pueblo nómada, inculto, casi incapaz de civilización, y que no ha variado desde los tiempos bíblicos.

¿Me atreveré á citar algunos ejemplos recientes y bien característicos del poder de esa pasión en el árabe?

El Hammam tenía entre los criados de los baños un negrito de Argelia. Después de haber vivido algún tiempo en París, este muchacho volvió á Africa. Una mañana se encontró asesinados á dos reclutas de un cuartel. La indagatoria demostró que el asesino no era otro que el antiguo empleado del Hammam, que había muerto á sus dos amantes. Habiéndose establecido relaciones íntimas entre estos dos hombres y sabiéndolo el muchacho, sintió celos de los dos y les degolló.

Tales hechos son muy frecuentes. He aquí otro drama:

Un joven noble árabe era conocido de toda la comarca por sus costumbres amorosas, que hacían á las Ulad-Nail una desleal competencia.

Sus hermanos le reprocharon muchas veces, no sus malas costumbres, sino su venalidad. Como no cambiaba de proceder, le otorgaron un plazo de ocho días para renunciar á su comercio. No hizo caso de la advertencia.

El noveno día por la mañana le encontraron estrangulado, con el cuerpo desnudo y la cabeza tapada, en el cementerio árabe. Cuando le descubrieron el rostro vieron que tenía una moneda violentamente incrustada de un taconazo en la piel de la frente, y sobre la moneda una piedrecilla negra.

Al lado del drama la comedia.

Un oficial de spahis buscaba en vano un asistente. Todos los soldados que empleaba iban mal vestidos, sucios, descuidados.

Una mañana se presentó un jinete árabe muy guapo, inteligente y de aspecto fino. El teniente quiso probar si serviría. Era un verdadero hallazgo, un muchacho activo, limpio, callado, cuidadoso y diestro. Todo fué bien durante los ocho pri-

meros días. El noveno por la mañana, cuando el teniente volvía de su paseo cotidiano, vió delante de su puerta un viejo spahis que le limpiaba las botas. En el vestíbulo se encontró á otro spahis que barría.

En su cuarto, otro hacía la cama, y otro cantaba en el establo, mientras que el verdadero ordenanza, el joven Mohammed fumaba tranquilamente cigarrillos tendido en una alfombra.

El teniente, estupefacto, llamó á uno de aquellos inesperados asistentes y le dijo indicándole á sus camaradas:

—¿Qué haceis aquí?

El árabe se explicó en seguida.

—El teniente indígena es quien nos ha enviado, mi teniente. (Cada oficial francés tiene á sus órdenes un oficial indígena.)

—¡Ah! ¿es el teniente indígena? ¿Y para qué?

El añadió:

—Mi teniente, hace poco que nos ha dicho: «Id á casa del teniente y haced todo el trabajo de Mohammed. Este no debe hacer nada porque es la mujer del teniente.»

Aquella delicada atención costó dos meses de calabozo al teniente indígena.

Lo que prueba hasta qué punto este vicio ha entrado en las costumbres de los árabes, es que todo prisionero que cae en sus garras es utilizado en seguida para sus placeres. Si son muchos, el infortunado puede morir á consecuencia de aquel suplicio de voluptuosidad.

Cuando los tribunales entienden en un asesinato, resulta muchas veces que el asesino ha violado á su víctima después de muerto.

Hay otros hechos también muy corrientes, pero tan innobles, que no puedo relatarlos aquí.

Al bajar un día al anochecer de Bukhrari vi á tres Ulad-Nail, dos con vestidos rojos y otro azul que estaban en pie y entre una multitud de hombres sentados á la usanza oriental ó tendidos. Parecían divinidades salvajes dominando á un pueblo prosternado.

Todos tenían los ojos fijos en el fuerte de Boghar á lo lejos en la gran cuesta de enfrente, sobre la vertiente del valle polvoriento. Permanecían todos inmóviles, atentos, como si esperaran algún acontecimiento asombroso; todos tenían entre los dedos un cigarrillo que acababan de hacer.

De súbito, una humareda blanca brotó de la fortaleza, y en seguida penetraron en la boca los ciga-

rrillos mientras un ruido lejano hacía estremecer ligeramente el suelo. Era el cañón francés que anunciaba á los vencidos el término de la abstinencia cuotidiana.

EL ZAR'EZ